

Maurice Nicoll

EL TIEMPO
VIVO

*y la Integración
de la Vida*

 CLASICOS DEL CUARTO CAMINO

Dice la Hermética: «La eternidad no está limitada por las condiciones del tiempo, el tiempo es eterno en virtud de su recurrencia cíclica». Esa recurrencia eterna del tiempo es la recurrencia de la vida y significa la aparición constante de una oportunidad de vivir en el tiempo de una manera nueva que se vuelva eternidad.

Uno de los grandes maestros de la corriente psicológica-espiritual conocida como El Cuarto Camino nos propone enfrentar la necesidad de encontrar nuevas ideas para ver con más amplitud, más comprensivamente, para escapar a la estrecha realidad en que acostumbramos vivir. Nos llama a buscar nuevas formas de percepción, más allá de nuestras opiniones habituales.

Todas las ideas que tienen poder transformador cambian nuestro sentido de la realidad, actúan como fermentos, nos conducen a una afirmación. Esa afirmación y esa nueva amplitud nos llevarán a sentir la existencia de una nueva realidad. Éste es el reto. Ese será el resultado si aceptamos la búsqueda del cambio hacia nuevas ideas, un cambio en el sentido del tiempo y un cambio en el sentir de sí mismo.

Esta obra trata de la naturaleza invisible del hombre y del correspondiente aspecto visible del mundo, lo trata desde el enfoque de las dimensiones y del punto de vista de los niveles superiores de conciencia. Esto abre la puerta a la cuestión de un nuevo entendimiento del tiempo y de lo que a la luz de ese entendimiento significa la vida.

Índice de contenido

Cubierta

El tiempo vivo y la integración de la vida

Introducción

Capítulo I La invisibilidad de uno mismo

Capítulo II La calidad de la conciencia

Capítulo III Los diferentes niveles de la realidad en el hombre y en el universo

Capítulo IV El tiempo que pasa y el tiempo en sí

Capítulo V La vida en el tiempo vivo

Capítulo VI Eón

Capítulo VII La eternidad y la recurrencia de la vida

Capítulo VIII La recurrencia en el mismo tiempo

Capítulo IX Los dos sistemas psicológicos en el hombre

Capítulo X Creación del ahora

Capítulo XI Relación

Capítulo XII La integración de la vida

Sobre el autor

Notas

Dadme a Nepente, con sus ojos de sueño,
para de mi alejar el mundo.
¡Dormir, soñar,
y en ese ambiente de ilusión perfumado, huir de la prisión
del Tiempo.
Y hallar así mi espíritu, hallarlo liberado!
Pero ¡ay! No será así
como podréis huir del Tiempo. Volveréis otra vez,
y otra, y otra,
hasta que hayáis pagado el último tilde que debéis
¿acaso no sabéis que el Tiempo es la cárcel del deudor?
¿A quién debéis?
No os endeudéis con Nepente, el sueño.

La eternidad penetra al tiempo, y es en el tiempo que todo
movimiento ocurre... La eternidad no está limitada por las
condiciones del tiempo, y el tiempo es eterno en virtud de
su recurrencia cíclica.
HERMÉTICA, Asclepius III.

Al contraer nuestro sentido infinito captamos lo Múltiple; al
expandirlo, captamos lo Único.
WILLIAM BLAKE

El tiempo vivo y la integración de la vida

Introducción

Platón dice que el mejor remedio para la mezquindad del alma es convertirse en un espectador del Tiempo. Vivimos en una realidad muy estrecha, en una realidad que, por una parte, está condicionada a las formas de nuestra percepción, y que, por otra, es solamente el producto de las opiniones ajenas que hemos adquirido o tomado en préstamo, y a las cuales sometemos toda nuestra estimación. Luchamos en defensa de esas opiniones, y no porque creamos en ellas, sino porque ellas involucran el sentimiento ordinario de lo que uno es. Y aun cuando continuamente sufrimos, debido a la estrechez de esta realidad en que moramos, solemos culpar de ello a la vida, sin advertir la necesidad de hallar puntos de vista completamente nuevos.

Todas las ideas que tienen un poder transformador cambian nuestro sentido de la realidad. Obran como fermentos. Pero nos conducen necesariamente a una afirmación. Ver con más amplitud, más comprensivamente, requiere una afirmación, requiere que uno sienta la existencia de una nueva verdad. Si este sentido de la verdad yace enterrado en nosotros mismos, preciso es admitir que, contra él, lucha mucha superficialidad. Siempre es más fácil negar que afirmar.

Una de las razones de este hecho es que llevamos el alma volcada hacia los sentidos, en tanto que las ideas se perciben internamente, como algo muy distinto de aquel fluir de las cosas externas que nos penetran de continuo. Y si uno carece del sentimiento de la separatividad de la pro-

pia existencia, si uno carece del sentido de la invisibilidad esencial de sí mismo, y si no hace ningún esfuerzo en este sentido, pocas probabilidades tendrá de darse cuenta de que ellas existen. Platón habla de dos dioses o poderes gobernantes, uno externo y el otro interno. Bajo el poder del externo, el alma vive azotada en todas las direcciones y parece un borracho. Al volcarse hacia el mundo de las ideas comienza a sanar y a recordar.

En las páginas que siguen, hemos reunido un número de citas, apuntes y observaciones que se refieren principalmente a lo *invisible* de las cosas. ¿Cómo podremos comenzar a entender lo invisible? Esta obra trata acerca de la naturaleza invisible del hombre y del correspondiente aspecto invisible del mundo; lo trata desde el punto de vista de las *dimensiones* (no en el sentido matemático), y también desde el punto de vista de *los niveles superiores de conciencia* que le son relativos. Discute la cuestión de un nuevo entendimiento del tiempo y de lo que la *vida* significa a la luz de este entendimiento. En este asunto entra la posibilidad de un cambio en el sentido del tiempo, junto con un cambio en el sentir de *sí mismo*. Considera el significado de la *eternidad*, sobre la cual tenemos muchas nociones erradas; finalmente, estudia la idea de la *recurrencia* de la vida.

Es menester acercarse a estas ideas comenzando con una revisión de la «noción de las cosas» que tenemos ordinariamente, de aquella noción derivada del mundo que nos muestran los sentidos. Y por este motivo es necesario que, ante todo, hagamos algunas reflexiones acerca del aspecto visible e invisible de las gentes.

Capítulo I

La invisibilidad de uno mismo

Todos podemos ver directamente el cuerpo de otra persona. Podemos ver el movimiento de sus labios, sus ojos que se abren y se cierran, las líneas de su boca y los cambios que ocurren en su rostro; su cuerpo expresándose como un todo en la acción. La persona *en sí* es invisible. Podemos ver su exterioridad mucho más comprensivamente de lo que puede verse ella misma. Ella no se ve en la acción. Y si se observa ante un espejo cambiará psicológicamente, se inventará a sí misma. Para nosotros es muy precisa y visible, muy definida y muy clara a la vista y al tacto, aun cuando para sí misma no lo sea. Y nosotros igualmente somos algo preciso y claro para ella; parecemos tener una existencia real y sólida, aun cuando a nosotros no nos parece que tengamos semejante existencia real y sólida.

Los unos parecemos más precisos a *los otros* de lo que podemos ver de nosotros mismos, debido a que vemos claramente el aspecto visible de las gentes, así como ellas ven el nuestro. Si pudiésemos discernir el aspecto invisible de los demás con la misma facilidad con que discernimos el visible, viviríamos en una *nueva humanidad*. Tal cual somos, vivimos en una humanidad visible, en una humanidad de *apariencias*. En consecuencia, es inevitable que exista un extraordinario número de mal entendidos.

Consideremos los medios de comunicación que tenemos. Están limitados a los músculos, principalmente a los

más pequeños. Hacemos señales por medio de los músculos, ya sea hablando o gesticulando. A fin de que pueda llegarle a otra persona, todo pensamiento, todo sentimiento, toda emoción ha de transmitirse por medio de movimientos musculares; así se hacen visibles, audibles o tangibles. Nuestras comunicaciones son malas, en parte porque nunca advertimos cómo lo hacemos, y, en parte, porque es sumamente difícil comunicar cosa alguna, salvo las observaciones más simples, sin correr el riesgo de que las señales sean mal interpretadas. También ocurre muy a menudo que no sabemos a ciencia cierta qué es lo que estamos tratando de comunicar. Finalmente, todo cuanto en verdad es importante no puede expresarse.

Tan inagotable caudal de malentendidos y de infelicidad existen debido a que nuestra manera de comunicarnos es tan mala, y a que los demás comprenden nuestras señales a su modo, agregándoles sus propios pensamientos y sentimientos. Pero esto es ver el asunto desde un solo punto de vista, pues si pudiésemos mostrar más fácilmente a los otros nuestro aspecto invisible, surgirían nuevas dificultades.

Ahora bien; todos nuestros pensamientos, todas nuestras emociones, sentimientos; toda nuestra imaginación; todos nuestros ensueños, ambiciones, fantasías; todos son *invisibles*. Todo cuanto pertenece a nuestros proyectos, planes secretos, ambiciones, todas nuestras esperanzas, temores, dudas, perplejidades; todos nuestros afectos, especulaciones, ponderaciones, vaciedades, incertidumbres; todos nuestros deseos, aspiraciones, apetitos, sensaciones; todos nuestros gustos, disgustos, aversiones, atracciones, amores y odios; todo ello es *invisible*. Todo ello es lo que constituye la suma de *uno mismo*.

Pueden o no delatar su existencia. Por lo general le delatan mucho más de lo que suponemos. Todos somos más o menos obvios para los demás, más de lo que creemos. Pero todos estos estados internos, todas estas modalida-

des, pensamientos, etc., son invisibles en sí, y todo cuanto de ellos podamos advertir los unos en los otros lo advertimos mediante la expresión del movimiento muscular.

Nadie puede ver el pensamiento. Nadie sabe lo que nosotros estamos pensando. Creemos conocer a otras personas, y toda la fantasía que tenemos los unos acerca de los otros forma un mundo de gente ficticia, gente que ama y que odia.

Me es imposible decir que conozco a alguien, y es igualmente imposible decir que haya alguien que me conozca a mí. Puedo ver fácilmente todos vuestros movimientos corporales y vuestra apariencia externa, tengo cien impresiones que no existen en vuestras mentes; os he visto como parte del panorama, parte de la casa, parte de la calle, y tengo un conocimiento de vosotros que quisierais conocer; quisierais saber la impresión que producís, cómo os veis. Pero no puedo veros por dentro y no sé lo que sois; no lo podré saber nunca. Y aun cuando yo tengo este acceso directo a vuestro aspecto visible, vosotros tenéis acceso a vuestra propia invisibilidad. Este acceso directo a vuestra propia invisibilidad lo podéis tener *únicamente vosotros*, si es que aprendéis a usarlo. Yo y cualquiera otra persona pueden veros y oíros. Todo el mundo puede veros y oíros. *Pero solamente vosotros podéis conoceros a vosotros mismos.*

De esta suerte somos como dos sistemas de palancas, uno que trabaja con todas las ventajas en un sentido, y el otro con todas las ventajas en otro.

Es posible que todo esto le resulte sumamente obvio al lector, pero le aseguro que no todo es tan obvio. Es algo sumamente difícil de captar. Ya trataré de explicar por qué lo es. Nosotros no captamos el hecho de que somos invisibles. No nos damos cuenta de que vivimos en un mundo de gentes invisibles. No comprendemos que *antes que cualquiera otra definición que se le pueda dar, la vida es un drama de lo visible e invisible.*

La razón por qué no podemos captarlo, es que se trata de una *idea*. En este libro, que trata acerca de una o dos *ideas*, significo por «idea» aquello que tiene el poder de alterar nuestro punto de vista y cambiar el sentido que tenemos acerca de las cosas. Una idea es, por supuesto, invisible; y bien podemos pasar la vida sin tener una sola idea en el sentido que significo. Pensamos que tan solo el mundo visible tiene realidad y estructura, y no concebimos la posibilidad de que el mundo psicológico, ese mundo interior que conocemos como nuestros pensamientos, sentimientos e imaginación, puede también tener una estructura real y existir en su propio «espacio», aun cuando no se trata de ese espacio con el que tenemos contacto a través de los órganos de los sentidos.

A este espacio interior es a donde pueden llegar las *ideas*. Pueden visitar la mente. Lo que vemos mediante el poder de una idea no podemos verlo cuando ya hemos perdido el contacto con ella. Todos hemos pasado por aquella experiencia de ver repentinamente la verdad de cualquier cosa en que nos fijamos por primera vez. En tales momentos somos diferentes, y si estos momentos pudiesen permanecer en nosotros, viviríamos permanentemente alterados. Pero llegan a nosotros como relámpagos con sus huellas de un conocimiento directo.

La descripción de una *idea* es muy distinta de su conocimiento directo. Lo primero requiere *tiempo*, lo segundo es instantáneo. La descripción de la idea de nuestra invisibilidad es muy distinta de nuestra vivencia de ella; únicamente pensando de una manera diferente acerca de esta invisibilidad de todas las gentes y de nosotros mismos, podemos atraerla, de suerte que nos ilumine directamente.

Semejantes ideas actúan directamente sobre la substancia de nuestra vida, como si fuesen una combinación química, y el «*shock*» del contacto con ellas puede, a veces, ser tan poderoso que efectivamente cambie la vida del hombre y no solo su comprensión del momento. Nuestra prepara-

ción para disfrutar de las posibilidades de nuevos significados, que es lo más deseable que pueda darse, ya que la falta de significados es una enfermedad, es algo que no puede separarse del contacto con las ideas que tienen un poder transformador.

En este sentido, podemos pensar acerca de una idea como si fuese algo que nos pusiese en contacto con otro grado de comprensión, sacándonos de la rutina interior y del habitual estado de indolencia de nuestro ser consciente. O sea, como algo que nos aleja de nuestra «realidad» *no podemos tener una comprensión diferente sin ideas.*

Fácil es decir que somos invisibles. Pero, así como algunas veces captamos el significado de alguna frase corriente que hemos usado a menudo, así podemos también captar el significado de nuestra propia invisibilidad. Lo podemos captar repentinamente si repetimos a menudo la frase:

Yo soy invisible.

En este punto es donde uno comienza a darse cuenta de que tiene una existencia separada.

Pero esta no es una idea «natural» porque no deriva de la experiencia sensoria ni del hecho perceptible. Aun cuando ya la sepamos en un sentido, no la sabemos con la autoridad que emana de la percepción interna de su verdad. Este conocimiento, discernido a medias y que llevamos en pos de nosotros, no puede, según mi opinión, quedar expuesto a la luz, salvo mediante el poder de las ideas. Porque, por encima de todo y más que cualquier otra cosa, lo que ordinariamente nos influencia es el mundo visible, el mundo de las apariencias, el mundo que percibimos a través de los sentidos.

Este enorme mundo sensorio, con toda su algarabía, color y movimiento, y que fluye hacia nosotros por los canales siempre abiertos de la vista y del oído, es lo que abrumba nuestra débil comprensión. Si logro darme cuenta de mi

propia invisibilidad y por un momento logro también un nuevo sentido de mi propia existencia, al momento siguiente ya estoy perdido en los efectos de las cosas externas. Solo percibo el bullicio de la calle y no puedo lograr de nuevo la experiencia. Y vuelvo otra vez a mi mente «natural», que se siente llamada por todo lo perceptible y para la cual las pruebas que procuran los sentidos constituyen el principal fundamento de su criterio, de la verdad. Habiendo experimentado algo «interno», me encuentro nuevamente en lo «externo». Y aquella verdad que me fue demostrada directamente como verdad interna, no me la puedo demostrar a mí mismo con mi razón natural, a menos que lo haga como teoría o como una concepción.

Diría que todas las ideas que tienen el poder de modificarnos y de permitir que a nuestra vida penetren nuevos significados, son ideas que tratan acerca del aspecto *invisible* de las cosas. No se las puede demostrar directamente como tampoco se puede llegar a ellas tan solo mediante el razonamiento, pues, siendo relativas a lo invisible de las cosas, no es posible acercarse a ellas mediante el razonamiento que hacemos de acuerdo, y en base, a la evidencia de los sentidos. Antes de poder llegar a la *idea* del Tiempo, que es el tema principal de este libro, y que puede entenderse únicamente apartándonos de las apariencias y pensando acerca del «mundo invisible» desde el ángulo de las dimensiones, es preciso que hagamos algún esfuerzo a fin de captar nuestra propia invisibilidad. Pues creo que no podremos entender nada acerca del mundo «invisible» si antes no captamos *nuestra propia invisibilidad*.

Esto exige cierta clase de esfuerzo, un esfuerzo similar al que se requiere para darse cuenta, en algún grado, de la invisibilidad esencial y de la incognoscibilidad de otra persona. En este sentido creo que jamás podremos darnos cuenta de la existencia de otra persona de un modo real y efectivo, a menos que, ante todo, nos demos cuenta de nuestra propia existencia. Darse cuenta de la propia exis-

tencia, como una experiencia real, es darse cuenta de la propia invisibilidad esencial.

* * *

El sentido que ordinariamente tenemos de nuestra propia existencia deriva de las cosas externas. Tratamos de presionar sobre el mundo visible, procuramos sentirnos a nosotros mismos en lo que yace fuera de nosotros: en el dinero, en las posesiones, en las ropas, en la situación. En una palabra, tratamos de salir fuera de nosotros. Sentimos que aquello de que carecemos se encuentra fuera de nosotros, en el mundo que nos muestran los órganos de los sentidos. Y es solamente natural que así sea, por cuanto el mundo de los sentidos es tan obvio. Pensamos en términos; de este mundo, por así decirlo, y pensamos *hacia* él. Nos parece que la solución de nuestras dificultades yace en el mundo exterior, en la adquisición o en el logro de algo, en recibir honores, etc. Lo que, es más, ni siquiera accedemos fácilmente a apoyar una insinuación acerca de nuestra invisibilidad. Ni reflexionamos que a la vez de que estamos relacionados a un mundo obvio y a través de los sentidos, podemos, también, estar relacionados a otro mundo no tan obvio a través de la «comprensión». Y este mundo es tan complejo y tan diverso como el que nos presentan los sentidos. Y también tiene muchos lugares deseables e indeseables.

* * *

Nuestros cuerpos se yerguen en el mundo visible. Están ubicados *en el espacio de tres dimensiones*, en el espacio accesible a los sentidos de la vista y el tacto. En sí mismos nuestros cuerpos son tridimensionales; tienen largura, altura y grosor. Son «sólidos» en el espacio. *Pero nosotros, en*

nosotros mismos, no estamos en este mundo de tres dimensiones.

Por ejemplo, nuestros pensamientos no son sólidos tridimensionales. Un pensamiento no se encuentra ni a la *derecha* ni a la *izquierda* de otro pensamiento. ¿Y no son acaso muy *reales* para nosotros? Si decimos que la realidad que existe en el mundo tridimensional, en el *mundo exterior*, es la única realidad, entonces preciso es que nuestros pensamientos y sentimientos, que están en nuestro *mundo interior*, sean irreales.

Nuestra vida interior, o sea *nosotros mismos*, no tiene ubicación alguna en el espacio perceptible por medio de los sentidos. Pero aun cuando el pensamiento, el sentimiento y la imaginación no ocupan lugar alguno en el espacio, podemos pensar acerca de ellos como si tuviesen un lugar en alguna otra clase de espacio. Un pensamiento sigue a otro en el tiempo que pasa. Un sentimiento dura cierto tiempo y luego desaparece. Si pensáramos acerca del tiempo como de una cuarta dimensión, o como una dimensión superior del espacio, nuestra vida interior nos parecería entonces relacionada a este espacio «superior» o mundo con un mayor número de dimensiones que las accesibles a nuestros sentidos. Si concebimos un mundo de dimensiones superiores, podemos también considerar que no vivimos propiamente en el de solo tres que tocamos y vemos, y en el que conocemos a otras personas, sino que tenemos un contacto más íntimo con una forma de existencia más dimensional y que comienza con el *tiempo*.

Pero antes de abordar el tema de las dimensiones, consideremos el mundo de las *apariencias*, o sea aquél que nos muestran los sentidos. Hagamos algunas reflexiones acerca de dos maneras de pensar, una que parte del aspecto visible de las cosas, y otra que parte del aspecto «invisible».

* * *